

hace mayores, deshaciéndose á sí misma. Por esto la invidia es injustísima y justificada; injustísima, porque es molesta á todos los buenos y persecución á todos los bienes; justificada, porque carcome y atormenta á los que la tienen; es verdugo de sí para serlo de los otros. No hay dientes de fiera tan abominables ni dentadura asistida de tan buena vianda; no se (1) ven en ella sino sangre de virtuosos, pedazos de honras, desgarros y bocados de virtudes. Tal es, que el más sagrado mantenimiento la hace peor estómago, y (2) el bueno la enferma. Con felicidad la comparó (3) un poeta al Etna.

*Nihil aliud nisi se valet Aetna cremare :  
Sic se non alios invidus ipse cremat.  
Invidus invidia comburitur intus, et extra.*

No puede arder el Etna  
Fuera de sí otra cosa;  
Así la invidia á sí se quema sola,  
Y no á los otros; arde el invidioso  
Con la invidia interior y exteriormente.

No se contenta la invidia con ser mala en todo, en todos y en sí; también herética y condenada, se introduce en la predicación de Jesucristo crucificado. Esto enseña san Pablo (*Philippens.*, 1, v. 15.) *Quidam quidem et propter invidiam, et contentionem: quidam autem et propter bonam voluntatem Christum praedicat.* «Algunos por invidia y contención, algunos también por buena voluntad predicán á Cristo.» No pudo la invidia crecer más su insolencia. Dolorosamente se verifica este sacrilegio. Quien predica la doctrina evangélica de Cristo, profanándola con galas de elocuencia facinorosa, y la dispone al halago del oído doliente y no á la enmienda, este por invidia y contención predica á Cristo. Aquel que con espíritu esclavo y comprado, por adormecer la conciencia en (4) el poderoso, y arrullarle el sueño mortal en que yace sepultado, trastorna con palabras juglares el rigor de las sentencias sagradas, violenta con entendimiento tirano la verdad provechosa de los Padres: por contención é invidia predica á Cristo. Quien solo estudia lo que no ha de decir por no disgustar, y nunca estudia lo que debe decir por (5) guarecer, invidiosa predicación de las almas profesa. Quien pretende la mitra con la adulación de su doctrina, la invidia al martirio y al rigor apostólico que ella busca. Aquel monedero falso de textos, falsificador de doctrinas, que con novedades sediciosas viste la predicación de trajes idólatras y herejes, por contención é invidia predica á Cristo; comprendido es en

- (1) ve (S.)  
(2) lo bueno la infama. Con felicidad (Z. B. F.)  
(3) Horacio al Etna. (*Id.*—Cuerdamente se enmendó este pasaje en ediciones posteriores. Los versos no son de Horacio.)  
(4) lo poderoso, (S.)  
(5) agrandar, invidiosa (*Id.*)

la advertencia del Apóstol. Este postrero delito de la invidia es el más pernicioso; (6) yo acabo con él, porque él acaba con todo.

Y siendo tan varia, tan introducida, tan multiplicada la invidia, su remedio es uno, es fácil, es útil. ¿Quieres no ser invidioso? Pues ten tanto contentamiento de los bienes ajenos como de los propios; tanta misericordia de las calamidades de los otros como de las tuyas. ¿Qué cosa más fácil ni más útil que tener contento en lo que tienes y en lo que tienen los demás? ¿Qué cosa más fácil que persuadirte á tí la alegría que deseas? ¿Qué cosa más útil que no hacer verdugos de tus bienes los bienes de tus conocidos, hacer disculpa de los trabajos ajenos los propios, y (7) mérito de los propios los ajenos? Si estás contento con las felicidades de los otros, las haces tuyas; esto logro es. Si las invidias, haces malaventuradas tus dichas; lo que es miseria. Si miserable te alegras de la calamidad ajena, añades al ser miserable el merecerlo ser por delincuente. Si te apiadas, te acompañas, que es género de consuelo.

Afirmo con novedad católica que, reconociendo á la invidia por origen de todos los pecados, la suma bondad y inmensa sabiduría de Dios, con todos los preceptos del decálogo quiso que sus mandamientos uno por uno fuesen su medicina. (8) «Amar á Dios sobre todas las cosas» expresamente se opone á toda las cosas que son invidia de la gloria, y bienaventuranza que solo tienes en tu Criador, (9) y te quieren apartar del. «Amar al prójimo como á tí mismo» te estorba todas las invidias de hacienda, de honras, de puestos, de deleites, de venganzas, de adulaciones, de odios y de homicidios; de manera que los diez mandamientos de la ley de Dios son otras tantas medicinas preservativas desta peste mortal. Que sean remedios fáciles y suaves, como dije, conoceráslo en que en todos ellos se manda que hagas todo lo que para la salud y paz de tu cuerpo y alma desean todos los hombres. Y no hay, ni puede haber ninguno tan malo, que por su comodidad no desee que el otro no sea homicida, por asegurar su vida; que no sea ladrón, por asegurar sus bienes; que no sea lujurioso, por asegurar su familia; que no levante falsos testimonios, por asegurar su honra; que no mienta, por asegurar su noticia y su confianza. Pues dime, ¿á quién no es fácil y suave, si lo considera, ser como desea que sean todos? ¿Y (10) general cosa más injusta, que no querer por la invidia ser invidioso, queriendo que lo sean todos?

- (6) y acabo (S.)  
(7) méritos (*Id.*)  
(8) «Amarás (*Id.*)  
(9) te quieren (Z. M. F.)  
(10) en general (S.)

## INGRATITUD.

### SEGUNDA PESTE DEL MUNDO (a).

¿Cuál hombre escribirá contra la ingratitud, que acordándose de Dios no escriba contra sí propio? ¡Oh afrentosa culpa de la razón humana, que entre todas las criaturas, solo el hombre, que es la mejor, sea ingrata á Dios! Y no solo le es y fué ingrata como á Criador, sino aun más ensangrentada y cruelmente como á Redentor. Olvídele en la creación, despreciele en la redención; esle ingrato, con villanía sacrilega, en el sacramento que se llama bien de la gracia con el nombre de *Eucaristía*.

Que todas las otras criaturas á su modo y con su ser (digámoslo así) le sean agradecidas en todas (1) tres acciones, se ve en todas las edades de la vida del mundo. Los cielos siempre cuentan sus glorias, siempre le son obedientes: no se ha visto motín de alguna luz fija ó errante de los orbes; nunca discreparon de la luz que les puso quien las encendió en hermosura tan grande y tan admirable con su palabra. Si para que venciese su capitán, quiso que el monarca de los fuegos celestiales se parase, alargando la vida al día, luego clavó su inmensa velocidad en su obediencia. Si para señal de su promesa en Acáz, convino desandar sus jornadas irrevocables, luego se volvió los grados prelijos al oriente, repitiendo su infancia, haciendo desdeír de sus señales las sombras en el reloj del rey obstinado. Ya el fuego se fabricó en columna, y para encaminar el pueblo de Dios, substituyó el día en las tinieblas del desierto. El viento fué cazador de su mismo pueblo, lloviendo codornices. En el maná (2) guiso á las condutas de Moisés en un manjar todos los (3) sabores. Las peñas al golpe de su vara se derritieron líquidas en fuentes; las aguas en el mar arrollaron sus olas en pretiles diáfanos, y enjugaron en vereda sus golfos.

Tal reconocimiento tuvieron en el Viejo Testamento; y en el Nuevo se encendieron en (4) las finezas. El cielo llovió coros de ángeles sobre el pesebre de Cristo. Despachó estrella nunca vista ni ocupada en humano ministerio, á conducir los reyes y los misteriosos tesoros. El agua en las bodas (5) del Arquitrículo volvió en vendimias los cántaros, mudándolos en vino. El mar pacificó con su palabra sus borrascas, y á sus piés se fijó en llanura. La muerte aprendió á restituir sus despojos por su mandamiento. La enfermedad en su palabra no aguardó la solicitud de otra medicina. La salud se introducía en la desesperación de las dolencias; del (6) ruego de su vestidura sacaba el tacto remedio. El agua destilada en lá-

(a) Estaba ya escrito en 4 de febrero de 1656, hallándose el autor en su Torre de Juan Abad, según carta de esta fecha, que puede verse en el *Epistolario*.

- (1) sus acciones, (S.)  
(2) guiso (Z. B.)—guiso (S.)  
(3) sinsabores, (S.)  
(4) finezas, (S.)  
(5) de Arquitrículo (Z. B. F.)  
(6) ruido (F. S.)

grimas renovó las almas. Los demonios (7) le confesaron, vencidos. Sus palabras militaron en el prendimiento. En su muerte el aire clamó con suspiros; el día en su juventud se vió noche; el sol se ennegreció con luto, en que no tuvo parte la luna; la tierra, con el terremoto, arrojó de los sepuleros sus muertos y rasgó en (8) sepuleros los montes; las piedras batallaron hasta romperse unas con otras. Y todas estas demostraciones de agradecimiento irracional hicieron por la ingratitud que cometa el hombre con el Señor que le crió para señor de todas ellas y que murió por él.

Pues en el tercero beneficio del Santísimo Sacramento, no fué menor sino más misterioso el agradecimiento de las criaturas. El pan dejó de ser, y sus accidentes se mantuvieron sin substancia de pan, calificados en velo del cuerpo verdadero de Cristo. El vino, en competencia del agua, que en el convite de Caná se volvió en vino, en este se vuelve en sangre. La ausencia perdió sus distancias y apartamiento, quedándose el mismo que se iba. ¿Qué hizo el hombre? Júdas lo dirá, que le comulgó para venderle; que habiéndosele entrado Satanás en el corazón, se atrevió á recibirle en su boca. Todas estas maravillas y demostraciones son dura reprehensión para el hombre, y rigurosa advertencia de que entre todas las criaturas, quien menos debía ser ingrato á Dios, le es ingrato solamente.

He querido empezar antes por la doctrina que por la definición del desagradecimiento. No es menester definir lo que todos somos cada instante, mas por cumplir con el orden dialéctico, lo definiré. Ingrato es quien no conoce el beneficio que recibe, quien le desprecia, quien le olvida, quien le acusa: por todas estas cosas es un hombre ingrato. Lilio Gregorio (9) Giraldo, ferrariense, hombre docto, en su libro, que intitula *Contra los ingratos*, dice (b): «El cual vicio, porque le juzgaron execrable y abominable aquellos nuestros antiguos

(7) se confesaron vencidos. (F. S.)

(8) los sepuleros (S.)

(9) Rinaldo (Z. B. S.)

(b) *Lilii Gregorii Gyraldi Ferr. Liber adversus Ingratos, in quo multiplices Ingrati criminis radices conuelluntur, variisque tum historis, tum Naturae exemplis Ingrati reselluntur. — Ejusdem Libellus Quomodo quis Ingrati nomen et crimen effugere possit. — Florentiae Excudebat Laurentius Torrentinus. (1548, en 8.)*

Giraldo, sábio profundo y latino poeta, nació, de padres honrados aunque pobres, en Ferrara, á 14 de junio de 1479. Hizo tales progresos en las lenguas griega y latina, en matemáticas y derecho, que se ganó la estimación de los pontífices Leon X, Adriano VI y Clemente VII, bien que no obtuvo nunca mayor dignidad que la de protonotario apostólico. En el saqueo de Roma (1527) perdió sus bienes y su rica biblioteca; y su genio, la fortuna y la injusticia se extremaron desde entonces en combatir su espíritu con mil géneros de trastornos y amarguras. Al fin se retiró á su patria, donde con la amistad de Calcagnini y del sábio médico Manardi, junto con la protección de nobles caballeros, se libró de la indignidad. Tuvo una cátedra en aquella universidad, y murió de la gota en 1552.

latinos, ni nombre le pusieron. Cuando lo revuelvas todo, no hallarás cómo llamaron los latinos la (1) *Acharisia*; porque lo que algunos deste tiempo llaman *ingratitude*, y algunos doctos agora usurpan por lo mismo, los más eruditos afirman que no es palabra latina.» Así lo advierte el doctísimo maestro Barrientos en su *Lima* (2) *barbariei*, advirtiendo que por este defecto huyó tanto Ciceron la traduccion desta voz *A'χρῖς*, que antes quiso en latin escribir griego que mal latin, lib. 9, ep. 7, ad Attic. *Sed ita meruisse illum de me puto, ut A'χρῖς crimen subire non audeam*. Y por excusar la mala palabra, en el mismo lib. 9, epíst. 2. *Sed quia ingrati animi horreo*. Cierto es que la palabra *ingratitude* es mal (3) latina; mas no sin misterio los latinos pusieron nombre al ingrato, y no al vicio. A mi ver quisieron enseñar que este vicio es el hombre, y que es vicioso y vicio. Por esta razon, ya probada brevemente y definida, dirémos: «Ingratitude es hombre, y el hombre república de ingritudes, y la república poblacion de ingratos.» como lo probaré en sus lugares. Para que admitamos la palabra *ingratitude*, basta que la usa santo Tomás y los escolásticos, á quien se debe seguir.

Escribió contra la ingratitude Juan Antonio Campano tres libros doctos y de sólida erudicion (a); empero, arrimándose en todo lo substancial á los santos y sagradas escrituras, seguiré más seguro camino.

He asegurado el nombre de los ingratos y definido; resta dar sus señas y retratarlos con las palabras del Eclesiástico, hijo de Sirach., cap. 29. *Donec accipiant, osculantur manus dantis, et in promissionibus humiliant vocem suam: et in tempore redditionis postulant tempus, et loquatur verba taedii et murmurationum, et tempus causabitur: si autem potuerit reddere, adversabitur, solidi vix reddet dimidium, et computabit illud quasi inventionem: sin autem fraudabit illum pecunia sua, et possidebit illum inimicum gratis: et convitia et maledicta reddet illi, et pro honore et beneficio reddet illi contumeliam*. No los perdonó el sagrado pincel faccion, ni seña, ni sombra, ni semblante, ni ceremonia. ¿Qué parecido retrato es de muchos hombres de diferentes caras! La primera seña es que «besan la mano al que da, mientras reciben». La segunda, que «en los prometimientos humillan su voz». Estos besan la dádiva, no la mano, pues no la besan sino mientras da; antes la muerden que la besan. «Prometen con humildad» para recibir con soberbia. Bien lo muestra el

(1) Acharisia (*Los Impresos*. — *ἀχαριστία*) escribe Lilio en el prefacio del libro parenético *Adversus ingratos*.

(2) *barbaries*, (Z. B. F.)

(3) latin; (S.)

(a) Juan Antonio Campano, hijo de unos pobres aldeanos de Cavelli, en Tierra de Labor, nació por los años de 1427. Primero fué pastor de ganado, mas apreciando el párroco de aquel pueblo el buen ingenio del muchacho, le enseñó lengua latina. Perfeccionó despues en Nápoles su conocimiento, y allí abrió escuela para su enseñanza. Dedicóse en Perusa á la filosofía, á las matemáticas y á la elocuencia, trayendo á una mano el griego y la poesia, con lo que se hizo lugar en el ánimo de Jacobo Piccolomini (que luego fué cardenal de Pavia), quien le introdujo en la corte de Pio II, pontífice romano. Despues de varia fortuna se retiró á Siena, donde murió en 1477. La coleccion de sus obras escogidas, impresa en Leipzig en 1754, nos ofrece la *Vida de Braccio*, la *de Pio II*, los tres libros *Contra la ingratitude*, y los dos tratados *De regendo magistratu* y *De dignitate matrimonii*.

retrato en lo que hacen, pues (4) dice «que cuando llega el tiempo de la paga piden tiempo», no por pagar, sino por pedir. «Y hablan palabras de enfado y de murmuraciones.» No se dirá deste retrato que no le falta sino hablar, pues habla. «Trampean el tiempo;» esto es, por hurtar lo más precioso y de todas maneras; en el oro y en los beneficios lo que no quieren volver, y en el tiempo lo que no pueden volver. Dice que «aunque te puedan pagar, lo rehusarán de lo que recibió; cuando pague, pagará apenas la mitad y lo tendrá por dádiva que hace, no por paga que debía»; que es peor ingratitude que negarlo todo, pues haciendo del beneficio ajeno robo, cuenta su robo por beneficio. «Empero si le negare cuanto le dió, será su enemigo de balde.» El mundo se divide en padecer esto y en hacerlo. Conozco muchos que lo hacen con muchos y lo padecen con muchos. Recebir mercedes y beneficios y socorros, y ser enemigo del que los hizo, es pretender, es negociar, es ser cortesano; dígase más universalmente, es vivir en el mundo. (5) «Págale con afrentas y maldiciones, y por el beneficio y la honra le da infamia.» Aquí se conoce quién son los ingratos, que en ellos el bien se vuelve mal, la honra afrenta y el beneficio enemistad.

No hay fiera tap abominable en el mundo, que trueque naturaleza con ellos. Todos agradecen el moderado agasajo, y para el reconocimiento remedan la razon. Fierísimo es el leon, y el sacarle una espina de un pie pagó liberalísimo con dar la vida al que se la sacó. Más horrendo animal es la serpiente, parto de veneno de la tierra, y ella veneno animado. Ya se vió un áspid (así lo escribe en su *Oficina histórica* Juan Felice Astolfi (b), de Juan Ravisio) que, doméstico, y (6) á modo de perrillo, acudia en una casa á las horas de comer, y se alimentaba con familiaridad pacífica y (7) entretenía á los dueños. Sucedió, que estando comiendo un día, parió debajo de la mesa, y un hijo suyo picó en un pie á un niño de la casa; y de tal suerte se enfureció, que arremetió á su propio hijuelo y lo mató y se fué, y no volvió más. ¡Oh, si así puede decirse, suma honra de áspid, (8) en afrenta de todos los hombres, que pudiendo volver y ser mejor recibida de los dueños de la casa por agradecida despues, que antes por mansa, de afrentada de haber parido (aunque áspid) un hijo desagradecido al beneficio, se escondió! Pudo esto ser verdad, y cuando no lo fuese, grande afrenta es para el hombre desagradecido que se inventase en un áspid, para creído, lo que dél no se podia esperar. Y es (9) más fácil y más conforme á razon creer que (10) una serpiente aborrezca la ingratitude, que creer que un hombre racional, hecho á imagen y

(4) dicen (S.)

(5) «Págase (B. S.)

(b) Tomandolo de Juan Ravisio. Afirma que sucedió en Egipto, y refiere el caso al final del libro segundo. He aquí el titulo de la obra:

«Della officina istorica di Gio. elice Astolfi, Libri III. Nella quale si spiegano Essempli notabilissimi, Antichi, et Moderni, á Virtù, et á Difetto pertinenti. — In Venetia, MDCV. Apresso i Sessa.»

Otra edición aumentada se publi. en la misma ciudad en 1642 *Per li Turrini*.

(6) armado de perrillo, (Z. F.) — amado... (Z. en la fe de erratas. B.) — á modo... (S. y así está en Astolfi.)

(7) ya entretenida (Z. F.) — ya entretenía (B.)

(8) que en afrenta de todos los hombres, pudiendo (S.)

(9) para más fácil (Z. B.)

(10) un serpiente (Z.)

semejanza de Dios, la ame; y pues esto veo, aquello creeré. Socórreme con alta consideracion el salmo 90, en el vers. 13: «Sobre el áspid y el basilisco pasearás, y pisarás el leon y el dragon.» Literalmente nombra el salmo las dos fieras más brutas, de quien yo referí los dos ejemplos de agradecimiento, leon y áspid: así llaman estas palabras toda la fuerza y atencion de la consideracion humana. El Espíritu Santo, en el lugar citado del Eclesiástico, dice que el hombre, aun dejándose pisar y acocear del ingrato, padecerá su veneno. Y en el salmo, por David, dice que podrá pasear sobre el áspid sin temer su ponzoña, y acocear al leon sin padecer sus garras.

Pretensiones tiene en muchas plumas doctas la ingratitude de preceder á la invidia. (1) Presumo es primero ser ingrato que envidioso, y aquí la ingratitude se ejercita negando el origen que le da la invidia, por ser juntamente ingratitude y ingrato. No se puede negar que es primero envidiar el bien que recibirle, y por esto recibirle y desconocerle es parto del envidiarle. Luego la invidia, que es madre de la ingratitude, incestuosamente en la ingratitude, que es su hija, engendra todos los vicios y pecados; descendencia numerosa, como bastarda y vil, infamada en propia generacion. Yo (2) no me atreveré á determinar si la invidia es peor por sí que por madre de la ingratitude; diré, empero, que la invidia se atormenta con la virtud y con el bien, mas la ingratitude atormenta al bien y (3) á la virtud. A la invidia la pesa de los beneficios que otro goza; la ingratitude hace que los beneficios que recibe sean afliccion y pesar de quien se los da y concede. Ella es tan abominable, que conviene más guardarnos de ser ingratos que de los que son ingratos. Quanto es mejor, por más meritorio, padecer en otro el martirio por nuestra virtud, que ser martirio de la virtud de otro.

El refran castellano que dice: «Haz bien, y no cates á quién; haz mal, y (4) guarte,» por el primero consejo es necio, y por el segundo necio é impio. Condena el primero el Espíritu Santo con estas palabras: *Si benefeceris, scito cui feceris, et erit gratia in bonis tuis multa*. «Si haces bien, mira á quién, y tendrás mucha felicidad en tus cosas.» Ya el texto del Eclesiástico enseñó que el hacer bien y los beneficios acarrear enemistad y afrenta. No dice que no haga bien, sino que lo haga mirando á quién. Bien se verifica esto, y frecuentemente en lo político. El ruin en honra siempre fué acusacion y ruina del que le puso en ella. Muchos grandes ministros he visto yo en mis dias condenados por los que pusieron en puestos, y por las mismas cosas que los aconsejaron que hiciesen (puede ser) para tener que acusarlos por haberlas hecho. Tambien dicta la caridad que se ha de mirar á quién se hace bien, por no hacerle mal. Hay muchos que siendo pobres merecen ser ricos, y en siendo ricos merecen ser pobres; muchos que despreciados y escuros se muestran beneméritos de las dignidades y honras, y en alcanzándolas son reos afrentosamente de las honras y dignidades: y es causa desto, que los dieron lo

que les faltaba para poder ser lo que dejaban de ser, porque no podian. El que á estos tales niega lo que le piden, es liberal con lo que niega, y bienhechor de aquellos á quien no concede el beneficio; y por la propia razon el que se le da es juntamente ingrato á sí y al que le recibe.

La segunda parte del refran condena todo el *Decálogo* y toda la ley de Jesucristo y toda la Iglesia. «Haz mal,» es precepto del demonio; es decir, que (5) hagan lo que él hace. Esta cláusula es impiamente facinorosa. La necedad es añadir al consejo «haz mal», el «guarte»; (6) debiendo decir, no «Haz mal y guarte», sino «Guárdate de hacer mal». Porque hacer mal y guardarse, es imposible, siendo así que se pierde en haciéndole. Puede el malhechor guardarse con dificultad del ofendido, y casi no puede de la justicia. Es imposible que se guarde del verdugo; del verdugo, digo, invisible de la conciencia y de la culpa, cuyo castigo y pena está por cuenta del tribunal de Dios, donde el oro no tiene valor, ni la dádiva estima; ni la negociacion, poderosa voz. La santa Iglesia (7) señala sola qué cosas en aquel tribunal y juicio hacen efectivo el alegato de nuestra defensa, y señala arrepentimiento, satisfaccion, perdon de la parte, sufragios, indulgencias, intercesion de los santos, para alcanzar gracias que (8) encaminen á estos medios. De manera que para no ser ingrato dando ó negando, haciendo ó dejando de hacer, no se ha de hacer mal y se ha de hacer bien, mirando á quién se hace, por no hacerle mal y malo con el bien.

Conviene por esto, para ser verdaderamente agradecidos y para no ser ingratos, conocer cuáles son bienes verdaderos, cuáles aparentes; el mal que se disimula en algunos bienes, el bien que yace (9) secreto en algunos males; la felicidad que (10) encierran las desdichas, y las desdichas que ocultan las felicidades. Por ignorar esto muchas veces, ingratos á nuestro provecho, agradecemos los males, y agradecidos á nuestro mal, somos ingratos en él á nuestros bienes. Beneficios universales son la enseñanza, el buen ejemplo y la reprehension y advertencia; porque estos enmiendan las costumbres, mejoran la mente, y disponen al entendimiento para lograr los beneficios particulares, y la conciencia para lograrlos, recibéndolos ó dándolos. Estos beneficios pocas veces y en pocos se oyen con este nombre: la enseñanza se aborrece por prolija, á persuasion de la presuncion propia; el ejemplo se desprecia por impertinente, á persuasion de las interpretaciones del gusto; la reprehension se abomina por injuriosa; la advertencia por entremetida. Veis aquí cómo los malos en su vocabulario mudan los nombres á las virtudes, en el cual antes las infaman que las nombran.

Ello es cierto que solo son bienes y beneficios los que enriquecen el alma y disponen (11) el cuerpo á la obediencia del espíritu. Son eternos; no se pueden perder, ni pueden ser robados del ladrón ni del usu-

(5) haga (B. S.)

(6) no debiendo decir: «Haz mal y guárdate,» (S.)

(7) sola suministra medios que en aquel tribunal (I.)

(8) encamine (Z. B. F.)

(9) es secreto (I.)

(10) cierran (I.)

(11) al cuerpo (Z. B.)

(1) Presumo (Z. B. F.) — Presumo que (S.)

(2) me atreveré (S.)

(3) la virtud. (I.)

(4) guárdate, «siempre F. S.»

ro; ni el fuego los halla, ni la edad los gasta, ni los embarga la muerte, ni los cierra la sepultura.

Séneca dice que las riquezas ni las honras (1) no son beneficio, sino señales visibles por donde se conocen los beneficios, los cuales están radicalmente en la intención del que los da. En esta materia mejor es (2) remitirme á Séneca que desaliñar su doctrina con mis palabras. Solo añadiré que no puede ser beneficio, aunque lo agradezca el que lo recibe, aquella dádiva que sirve al apetito ó al pecado. Agradece el venagativo que le encaminen á su puñal su contrario, el lujurioso que le faciliten el adulterio, el envidioso que le crean la calumnia y la acusación, el ambicioso que concedan á su soberbia los premios de los méritos. Estos, tan ingratos son á su conciencia en lo que reciben como los otros en lo que dan; y con todo, este es el agradecimiento que más se gasta en el mundo y el más corriente, y el que anda en mejor hábito y más espléndidamente acompañado. Discurramos en las malas costumbres de la ingratitud; en ella hallaremos todos los pecados mortales, y á ella en todos ellos. Es soberbia, por ser una de sus principales causas el amor propio. Es envidia, porque consta del aborrecimiento del prójimo. Es avaricia de la misma avaricia, pues lo es de los bienes propios y de los ajenos, de lo que tiene, y de lo que (3) los otros tienen. Es homicida en el hijo, deseando la muerte al padre por la herencia; en el hermano contra el hermano; en el amigo contra el amigo, por la manda. Es ira rabiosa, nacida del beneficio contra el bienhechor. Es el ingrato el peor de los ladrones; él solo halló modo de añadir abominación á la infamia del robo. El ladrón es aborrecido del robado; el ingrato aborrece al que roba. El robado persigue al ladrón; el ingrato persigue al que robó. El ladrón hurta lo que le niegan y le esconden; el ingrato hurta lo que le dan y lo que pide y recibe. Del ladrón se guardan todos; del ingrato pocos. Aquel para robar se vale del descuido del dueño de lo que hurta; este se vale de la piedad y magnificencia del que le da lo que pide. El ingrato es lujurioso, y la lujuria es toda ingratitud á la propia vida, á la salud, á la hacienda, al sosiego y á la honra. Tal es la ingratitud, que á la lujuria la hace facinorosa y homicida y ladrona. El adulterio y el estrupo y el incesto, ¿quién se le dicta á la lujuria, sino la ingratitud contra el marido que le admitió en su casa, contra la parienta, contra la doncella que se fió del ingrato? Al pecado de la lujuria la ingratitud le añade los gravámenes nefandos, las circunstancias detestables.

Verifiquemos esto en el cuidado que Satanás tuvo de introducir la ingratitud en el mundo, y en el que tiene de conservarla en él para destruirle. El demonio, que sabía que siendo ángel, la ingratitud le había hecho diablo, la tomó por eficaz remedio y experimentado, para hacer demonio al hombre. ¿Quién ignora que el pecado de Adán y de Eva fué ingratitud? Desde entonces la dádiva se confesó inducida de la ingratitud. Valióse della el demonio, dióla que comiese la fruta del árbol vedado, tomóla Eva, y (4) de Eva per-

(1) son beneficios, (S.)  
(2) remitirse (Id.)  
(3) otros (Id.)  
(4) Eva persuadió á Adán. (Id.)

suadido Adán. Dióles Dios licencia que comiesen de todos los árboles del paraíso; exceptuóles uno; y perdieron aquel y todos los demás por uno solo. Esta fué ingratitud á Dios y á sí, y para todos la primera y la mayor. Acababan de amanecer en las manos de Dios la mejor criatura para reinar en todas las demás, y al instante con ingratitud suma aceptaron el ser semejantes á Dios. Ninguno despues acá, del ángel que se lo ofreció á sí mismo, y del hombre que lo aceptó de la serpiente, quiso ser á su Señor semejante, que no fuese en la ruina y caída semejante al que se lo ofreció á sí, diciendo: «Seré semejante al Altísimo.» que fué el propio que le ofreció á los primeros padres. Y para ver la fértil fecundidad de la ingratitud, luego fueron ingratos unos á otros; Eva á la dádiva de la serpiente, pues la acusó; Adán á Eva, á su dádiva y á Dios, diciendo: «La mujer que tú me diste me engañó.» La ingratitud es mal contagioso y hereditario. Verificóse (5) luego en Cain y Abel. Ofrece Abel sacrificio de sus primicias; ofrécele Cain de las suyas: hace Dios mejor acogida al (6) sacrificio de Abel que al de Cain, no por lo material del sacrificio que le daba, sino por la intención con que le ofrecía. ¿Veis que no es el sacrificio ni la dádiva lo que se ofrece, sino el corazón que le ofrece? ¿Veis en Cain que hay ingratos, dando y ofreciendo? Hace Dios á Cain hermano mayor; él, ingrato al beneficio de la primogenitura, da muerte á Abel, porque, no contento con ser primero, quiere ser solo. La grandeza y los puestos superiores y primeros son la disposición más poderosa para inducir á la ingratitud. El hombre desea para sí toda la riqueza y honra que ve en los otros; en alcanzándola, tiene por infamia el agradecerla. Pretende con engaño lo que no tiene; recibe con malignidad lo que le dan; tiene por desdicha el no alcanzarlo, y por afrenta el reconocerlo. El que está en la mayor cumbre, no ha de mirar con tanto cuidado cómo tiene los piés sobre la cabeza del monte cuanto de qué manera tiene la suya sobre sus piés: quien esto mirare, no caerá, no será ingrato. Cundió la raza de la ingratitud en los sucesores de Adán. Ya se vió en la torre que fabricaron á fuerza de ladrillos, donde (7) de uno en otro temerarios quisieron, para subir al cielo, introducir en méritos los escalones; no merecerle, sino escalarle. Obligó la ingratitud á que Dios diese licencia á las aguas para anegar (8) la tierra: este no es el mayor encarecimiento de su iniquidad. Obligó á Dios á que se hiciese hombre; obligó á que padeciese y muriese.

Consideremos agora cómo fueron diferentes el segundo Adán Cristo Jesús y la segunda Eva María sacratísima, que hasta el nombre de Eva le contradijo, volviéndole en el de Ave. En Adán fué primero el hombre que la mujer. En Cristo (9) primero fué la mujer que el hombre, en cuanto (10) Dios y hombre. Allí el hombre dió parte de su cuerpo, para que della se fabricase la mujer. Aquí la mujer fabrica de su cuerpo, y en su cuerpo, por la obra del Espíritu Santo, al Hom-

(5) en Cain (S.)  
(6) de Abel (Id.)  
(7) uno (Z. B.)  
(8) la tierra. Esto (F. S.)  
(9) fué primero (S.)  
(10) hombre. Allí (Id.)

bre Dios en cuanto hombre. Adán, de quien sacó Dios materiales para formar la mujer, dormía cuando para fabricarla le quitó la costilla. La toda santa y siempre purísima mujer, cuando concibió á Cristo, segundo Adán, velaba orando. Mirad cuán diferentes son en todo los que introdujeron la ingratitud, de los que la castigaron y (1) satisficieron por ello.

¡Oh, si yo mereciese que aquella excelsa pureza y aquella virginidad Madre, que coronada de gloria reina con su Hijo, Dios y hombre, sobre los ejércitos de los ángeles, me dispensase lumbre de sabiduría ardiente para discurrir más allá de la miseria y poquedad de mi talento, y fuera de las tinieblas de mi ignorancia, los misterios de la disposición de su parto! Yo, llevado de la devoción y confiado en este ruego, pondré algunas cosas que puede ser haya dejado el gran Dios á mi ignorancia, para que en todo tiempo se reverencie y se vea lo que él dijo, que escondió el Padre eterno muchas cosas á los sábios, que reveló á los pequeños. Y si Cristo dió gracias por esto á su Padre, ¿cuáles se las debemos dar á Cristo los pequeños por las que dió por nosotros! (a)

Llegó el tiempo de la encarnación del Hijo de Dios, en que se desempeñaron los profetas, cumpliéndose lo prometido en las semanas. Y siendo el hacer Dios á María su madre la merced más colmada de divinidad, envía al ángel Gabriel por su consentimiento. Si Dios para hacer el mayor de los beneficios á su criatura (2) la pide consentimiento, ejemplo es que no debe apartarse de la atención de los reyes de la tierra.

Dios no puede llamarse agradecido, pues no puede recibir beneficio de nadie; y de su mano le reciben todas las cosas. El llueve para los buenos y los malos, y ruanda nacer su sol sobre los justos y los impíos. Toda buena dádiva (3) desciende dél; sin él no hay bien, y él es el solo y el sumo bien. Dios como hombre (á nuestro modo de entender, digámoslo así) fué agradecido, de la manera que se puede decir de Dios hombre. Tuvo Cristo pasiones de hombre, porque era hombre real y verdaderamente. Empero túvolas tan eminentemente, que los teólogos modernos, para diferenciarlas de las nuestras, las llaman (4) propensiones. Tuvo piedad, misericordia y justicia, todas virtudes; empero Cristo no se puede llamar virtuoso, porque este nombre es de aquella naturaleza que obra el bien, venciendo (5) repugnancia que se le contradice. Digo pues que de la manera que Cristo fué caritativo y elemento, y piadoso y justo, siendo la misma caridad, clemencia, piedad y justicia, fué agradecido. Y en este sentido se entenderá cuando yo le llamare agradecido en alguna obra.

(1) satisficieron por ella. (S.)

(a) Véase en el *Epistolario* la carta de QUEVEDO al duque de Medinaceli, fecha 4 de febrero de 1636.

Consagrado todo el siglo XVII á defender la *inmaculada concepción de nuestra Señora*, ¿cómo estar muda la pluma de nuestro DON FRANCISCO en medio del general fervoroso entusiasmo? El se jactó con sus amigos de haber adelantado mucho en este discurso la defensa de la opinión de la limpieza de nuestra Señora.

Don Nicolás Antonio da noticia de más de ciento setenta españoles que escribieron de esta materia. Pero, ¿qué diría QUEVEDO si resucitando en 1835 contemplase el perjurio y la impiedad de ciertos compatriotas suyos?

(2) le (S.)  
(3) desciende de él; (Id.)  
(4) propensiones. (F. S.)  
(5) la repugnancia que se le contradice. (S.)

Digo que el Verbo eterno antes de encarnar en María y antes de ser su hijo en cuanto hombre, usó con aquella sacratísima alma, con aquel purísimo cuerpo reverencia de hijo. Ninguna cosa es más propia á los hijos que para lo que han de hacer pedir el consentimiento á sus padres. Esto hizo Dios, que para encarnar en María (6) la pidió el consentimiento para que fuese su madre. Y tanto se glorificó en ser su hijo, que antes de serlo por la concepción, lo quiso parecer en el respeto. Pues ¿cómo (¡oh piedad cristiana!) quien para encarnar en María y habitar en sus entrañas la pidió, digámoslo así, licencia, la daría á la culpa original para que cupiese en ella algún tiempo, algún instante ni parte dél? Quien la escogió para «madre desde el principio y antes de los siglos», para satisfacer por el pecado original, la preservó por madre. Para pagar deuda del hombre, no convenia hacerse hombre en cuerpo que algún tiempo hubiese sido deudor de la misma culpa. Y por la misma razón que todos pecaron en Adán, no pudo pecar en Adán la madre del que pagó por todos. Las dificultades que á esto se oponen, todas las previno y convenció el ángel, cuando dijo: «Porque no será imposible para Dios toda palabra.» Luc. 1; *Quia non erit impossibile apud Deum omne verbum*. Pues si acerca de Dios no será toda palabra imposible, esta palabra «Concebida sin pecado original» ¿cómo le dejará de ser, no digo posible, sino toda decente? Lo que no pudo alcanzar la naturaleza humana ni la mente, fué que Dios se hiciese hombre; y eso creyó la Virgen María en diciéndola el ángel que se obraría por el Espíritu Santo. Y ¿dudará alguno que Cristo, hijo de Dios y Dios verdadero, preservaría totalmente de culpa con santificación especialísima á su madre? ¿Puede haber más encarecida miseria que recatear por un instante la limpieza de la Madre de Dios?

Por María murió como por todos; entiéndese que murió por ella, porque tuvo della cuerpo y ser de hombre para morir. Murió para todos, porque todos comprendidos en el primero pecado le (7) trujeron á la muerte. El privilegio fué que gozase de los méritos de su pasión, libre de culpa. Nació de María, murió con María al lado, y murió por María, como hemos dicho. No murió la Virgen Madre viendo morir á su Hijo, y habiendo muerto otras madres de dolor de ver á sus hijos morir, con ser su amor infinitamente mayor que el de todas; porque, como aquella muerte era para matar la muerte y dar vida á todos, aun de lástima no pudo dar muerte. Yo mostraré que no ha sido digresión esta, y que no me he apartado del discurso de la ingratitud, la que voy mostrando que Cristo y su Madre contradijeron en Adán y en Eva. Dijo Gabriel: «Ave, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita entre las mujeres.» Angelo Caninio, varón doctísimo en las lenguas orientales (b), dice que aquella palabra «llena de gracia», que el griego dice «graciosísima»; en el propio sentido en el siríaco idioma, que razonó el ángel, se dice así: *Seclam Cechimariam Maliath, Tabutha* (\*).

(6) le (S.)

(7) trajeron (B. S.)

(b) Nació en 1521 Angel Canini, en Anghiari, pueblo de Toscana. Docto gramático, especialmente en lenguas orientales, el griego, el hebreo y el siríaco le eran familiarísimos. Enseñólos públicamente en Venecia, Padua, Bolonia, Roma, España y en la universidad de Paris, adonde fué llamado por Francisco I. Murió en Au-